



1988

PREGON
de la
SEMANA SANTA
DE
SEVILLA

por
Luis Rodriguez-Caso Dosal

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
20 de marzo de 1988
Luis Rodríguez-Caso Dosal**



A la memoria de mi padre.

A mi mujer.

A mis hijos, Luis, Mercedes y Macarena.

Y a Sevilla.



Es el mediodía y estamos en Sevilla.
Pasaron ya las horas el meridiano de la mañana.
Y porque ya es el mediodía y porque estamos en nuestra Sevilla ...
Yo te saludo, Señora.

Porque el ángel del Señor te lo anunció y concebiste por obra del Espíritu Santo, Dios te Salve, María, llena eres de Gracia.

Porque fuiste la Esclava del Señor y se hizo en Ti según su palabra, bendita Tú eres entre todas las mujeres.

Y porque el Verbo en Ti se hizo hombre y así habitó entre nosotros, bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, madre de Dios y Reina de los Reyes.

Abogada y soberana de éste tu pueblo de Sevilla, de su aljarafe y de sus alcoves, de sus serranías y de sus campiñas, de sus riberas y también de sus marismas.

Ruega por nosotros los que en la mañana luminosa del estío esperamos tu arribada para llenarte de silencios, de oraciones y de plegarias.

Y acuérdate, Señora, de nosotros en todos y cada uno de los instantes de nuestra vida.

*Porque un clamor jubiloso
en la radiante manzana
proclama alegremente tu realeza*



de Virgen, Madre y Soberana.

*Radiante sol, que tus pies besa,
mientras tus hijos te aclaman y te rezan
entre susurros de oraciones...
y alegres repiques de campanas.*



*Excelentísimo y Reverendísimo Señor.
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.
Consejo General de Hermandades y Cofradías.
Sevillanos, cofrades v amigos.
Señoras y señores.*

Al Ilustrísimo Señor Presidente y Consejo General de Hermandades y Cofradías mi reconocimiento por haberme hecho depositario de este grandísimo e inmenso honor, como es para un cofrade y un sevillano el ser Pregonero de nuestra Semana Santa.

Al Ilustrísimo Señor Teniente de Alcalde mi gratitud por las palabras de afecto de su presentación y por las muestras de delicadeza y de auténtica amistad que ha tenido para con mi persona en todo momento.

Al Excelentísimo Señor Alcalde de esta Muy Noble y Muy Leal e Invicta, Heroica y Mariana ciudad de Sevilla mi agradecimiento por aceptar la propuesta y por haber hecho efectiva mi designación.

Al Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de la Patriarcal Sede Hispalense de San Isidoro mi afecto, mi respeto y mi más filial devoción.

A vosotros, amigos todos, gracias una vez más por vuestro aliento y por vuestra ayuda.

Y mi recuerdo, emocionado y lleno de veneración para quien durante muchos años presidió este acto.

A quien con amor de padre atendió a sus hijos. A quien como buen Pastor cuidó de su rebaño.



A quien como hombre bueno comprendió a los suyos.

Las Cofradías y el pueblo de Sevilla que bien le conocieron siempre tendrán en el recuerdo al que fuera José María Cardenal Bueno y Monreal.

Arzobispo de Sevilla.



"Comunica, Señor, tu luz a mis tinieblas, tu sabiduría a mi ignorancia y tu Santo Espíritu a mi tibieza".
Son palabras del Venerable Don Miguel Mañara que el Pregonero hace suyas en este día con el mayor respeto y con el más encendido fervor.

Y Sevilla en el recuerdo y Sevilla en el corazón y Sevilla en los labios.

En el recuerdo, porque parece que fue ayer cuando en mi niñez, cerca de ti en la distancia pero lejos en el tiempo, soñaba contigo. Soñaba con tu sol radiante y soñaba con tu luz cegadora, y soñaba con la frescura de tus naranjos y soñaba con el olor de tus jazmines.

En el corazón, porque te sentía tan dentro de mí y era tal el amor que hacia ti despertó el que fue faro de mi vida, que tu nombre y tu imagen eran una misma cosa con mi ser.

Y en tus labios... porque día a día te nombraba, bendecía una y mil veces tu nombre, y al hablar de ti se me encendía la voz y se llenaba de alegría mi alma y mi sentir.

Como elijo el gran poeta, Sevilla siempre en los labios... y así es Sevilla, siempre en los labios, y por ello y hasta en su mismo final siempre en la palabra y en el espíritu de este Pregón.



Sevilla, ciudad donde tienen sitio de privilegio el color, la gracia y la luz, luz que vivirá mientras no destruyan su cielo intensamente azul que como bóveda de cristal encierra los perfiles de su belleza y de su encanto .

Sevilla, cuna que fuiste del Descubrimiento de América.

Tu nombre quedó grabado con letras de oro en el Arte. en la Poesía y en la Historia.

Volverás a ser vibrante espectadora a la vez que genial intérprete de la Pasión de Cristo, y como cada año serás testigo de una historia muchos lustros repetida, pero siempre nueva y apasionante.

Tus cofradías y hermandades de penitencia y tu pueblo, el que vive su fe en Dios, te recorrerán de lado a lado, y convertirán cada uno de tus rincones en perpetuas vivencias del mismo Dios hecho Hombre, en fraguas vivas de amor a Cristo, en manantial de devociones y oraciones a la Madre, y en semilleros de alegrías por su resurrección gloriosa.



En tus jardines se habrá hecho ya la primavera...
Y las flores del jazmín y los rosales en flor te convertirán, glorieta de Covadonga, en un paraíso de perfumes y colores para ofrecerlos a los pies de la Señora alba y plata, caminante de la Paz.

Y los pinos y jacarandas, y los bojés y arrayanes, que al filo de la tarde se sanean, tenderán las fragancias de sus aromas alrededor de tu paso, Virgen de las Mercedes.

Y las yerbaluisas y las damas de noche, que crecen alrededor de las mágicas fuentes y de los silentes estanques del Alcázar, prestarán la más delicada de sus esencias al suave oleaje azul y celeste de la Candelaria.



Y tus Puertas, Sevilla ...

Las antiguas Puertas de historias y leyendas también serán escenarios vivos de la Pasión.

Puerta de Carmona, zaguán de la Calzada. Impaciente esperarás la llegada de ese Jesús que es presentado al pueblo por Pilatos... y de la Señora Dolorosa que un día en Nazaret dio el sí más rotundo.

Tú que llevaste al mismo Dios hecho criatura en tu seno virginal, acoge con tu corazón de Madre a los que en este desdichado y absurdo mundo no tienen derecho a nacer.

Y haz cambiar el pensamiento y ablanda el sentir de los que con sus manos y sus palabras atentan contra los que por su pequeñez y por su maternal dependencia son los más indefensos de la tierra, Tú, Virgen de la Encarnación que llevas en tu rostro las amargas señales de tu gran sufrimiento.

Y la de Osario, la que también fuiste llamada de la Victoria, entre tus simbólicas puertas pasará el solemne Cristo de la Fundación que parece como si dejase su tierna muerte enredada en el nudoso árbol de la Salvación.

Puerta de la Carne, frontera que fuiste con el Palacio de la Buhaira cuyos jardines emulaban a los más bellos de Medina Azahara, en la tarde radiante darás acogida al Cristo de la Sed.

Y por la que fueses bella obra de Juan de Herrera. Puerta de Triana, de la que sólo quedan las huellas de tus plantas, te cruzará, por el arco que forman tus palmeras, la que es Salud de las enfermedades del cuerpo y de los males del alma.

Y tú, que llegaste a conservar tu entrañable fisonomía, Postigo del Aceite,



te abrirás amorosamente para dejar paso entre tus viejas piedras al que con el sudario marfil abierto al aire va muerto en la Cruz, al que con la cabeza reclinada sobre el pecho va muerto en la Cruz, al que con los ojos entornados y los labios ya cerrados por la muerte vaciando la última lección de cátedra desde la Cruz, el que por salvar a los hombres tuvo la muerte en la Cruz.

*¡Ay Postigo del Aceite!
Martes Santo..., ya es la tarde.
El sol, se acerca a poniente...
¡tú sí que tuviste suerte!*

*Bajo sus arcos nos diste
suprema lección de amor,
Cristo de la Buena Muerte.*



Y las Torres y tus torres, Sevilla, impertérritas ante el paso de los tiempos, también contarán con la presencia de las Cofradías.

Así en la que fuese encrucijada famosa, estarás Torre de Santa Catalina, y a tus plantas la Virgen de las Lágrimas irá como suavemente mecida por el repique de los campaniles que coronan los remates de sus varales.

Y en un Lunes Santo, Torre de San Andrés, tu campana desgarrará el aire con su severo tañir mientras que parte la impresionante comitiva que acompaña al Cristo de la Caridad que delante va de la Madre que abatida por las Penas recibe el consuelo de Juan, el apóstol de Betzaida.

En Omnium Sanctorum su erguida Torre prestará la caricia de sus sombras al Cristo de las Almas y la de Santa Marina jubilosa estará, y exultante de alegría de tener bajo sus góticas nervaduras la confiada y esperada Resurrección del mismo Jesús.

Sentirás añoranza, tú que llevas el nombre del Santo Arzobispo, bella Torre de San Isidoro que en la noche de un viernes podrás contemplar desde tu altura la majestad del que, sobre alfombra de rojos claveles, cae por tercera vez... Y el dolor se quebrará en tus mudas campanas cuando veas alejarse tras El a la Reina del Loreto, y la antigua y célebre Costanilla seguirá esperando un año más una nueva anochecida en la que acunar amorosamente a su entrañable Cofradía.

Y las de San Ildefonso y la de San Jorge.

Vosotras que sois como bellas custodias, entablaréis quedos diálogos con vuestra vecina, blanqueada y pequeña espadaña de San Leandro, y a buen seguro hablaréis del virginal encanto de la Esperanza de la Trinidad, la que serena



luminaria es en la noche triste y tibia del Sábado Santo.

Y tú, la que altiva empinas la figura tras el blanco y el ocre y el azul de las cerámicas de la Real Iglesia, velarás al Cristo de las Aguas, y sentirás la luz y la nueva y limpia claridad de la Virgen de Guadalupe que es como la más bella y escogida de las rosas que sembrada allí, allí floreció radiante de hermosura, muy cerca de la orilla del más grande y a la vez más cautivo de los ríos.

Y en el inicio de una madrugada, Torre milenaria, sacudirás hasta tus cimientos y te pondrás en tensa vigilia cuando el Señor del Gran Poder aparezca en tu plaza de San Lorenzo.

El espíritu se hará en profunda meditación para elevarse y llegar hasta El... que es sentir pasional de nuestro pueblo.

El, que es "desecho de los hombres y varón de dolores" pero que también es "el que en sus manos lleva el poder y el imperio".

Así debió de aparecer en las montañas de Palestina cuando Léntulo, el Gobernador, así se lo describe a Tiberio: "Ha aparecido en Judea un hombre dotado de un poder excepcional. Se le llama el Gran Profeta, sus discípulos le llaman Hijo de Dios y su nombre es Jesu-Cristo".

Y cargado con su Cruz, allí estará Jesucristo.

Su tez quemada está y parece bañada con el sudor tal y como si el poderoso Rabí hubiese desafiado al mismo Sol.

Dicen que el dolor en el hombre es el eslabón para lo sublime, y lo sublime es el último tramo hacia la suma belleza, pero en Ti, Señor, también se hace la suprema grandeza porque Tú eres el mismo Dios. Y Tú vas derramando a raudales la grandeza y también la humildad y la fortaleza y también el perdón.

Bendito Jesús del Gran Poder que gastadas tienes tus manos y gastados tus pies por el amor de los que te quieren, de los que te escuchan, de los que te hablan y de los que te piden.

Bendita sea tu Imagen, y benditas sean todas las que descarnadas están por los besos y las caricias de la piedad y de la devoción porque para eso lo fueron, no para ser expuestas como normas supremas del arte, sino para ser veneradas por las almas sencillas que, en espera constante, abiertas tienen su corazón y su sentir al único Dios.

¡Poder que todo lo puedes!

Señor de Sevilla.



Y el aire se quebró en la noche al son del más hondo de los cantes.

*De la Torre campanadas
silencian las oraciones
un Viernes de Madrugada.*



Y tú, Giralda Famosa, que miras desde la esfera de tu reloj el paso de los siglos, y que presientes cada año el sol radiante de la mañana de un Domingo de Ramos y la suave penumbra del atardecer de un Miércoles Santo, y las estrellas y los luceros que se recortan en el cielo azul de la madrugada sagrada.

Quizás adivines desde tus alturas, donde mismo sostienes la grácil figura del Giraldillo, otra Torre, hermosa y altiva como tú, pero más sumisa en la ostentación de su guapura y que, como trasplantada de esta tierra, lucirá espléndida allá en la Gloria, y que, al igual que tú, también estará coronada por un airoso cuerpo de veinticinco campanas.

Bella Torre, su fábrica sería de sutiles arenas y de brillantes guijarros y de finos ladrillos color de miel de los tejares de la Vega del río, y sus adornos, frisos de yeserías mudéjares y platerescas, y alicatados de cerámicas trianeras de intenso azul purísima, y sus zócalos de fuertes ocres sobre lienzos de rutilante cal. Y la levantarían sevillanos, maestros de la piedra y arquitectos, y sus fundidores y sus alfareros.

En esta Torre soñada, en sus balcones de forja, en sus amplios miradores y en sus azoteas con barandales de hierro se adivina la presencia de unos hombres que dejaron aquí en Sevilla y en sus cofradías su dedicación y su tiempo y su trabajo y hasta su vida y su hacienda.

Aquí en la tierra Bandera Blanca llevaron, la blanca bandera de su entrega sin nada pedir a cambio, y cruzada en encarnado color del sacrificio, del Evangelio de San Marcos tomaron su leyenda salida de los labios del mismo Cristo: "Yo he venido a servir y no a ser servido".



Conocedores de alegrías y de amarguras, supisteis de halagos y de ingratitudes.

En la mente de todos estáis... y algunos en el pensamiento, en el corazón y también, por qué no, en la palabra del Pregonero: José Marañón y Luis Halcón, mis maestros en el entusiasmo y la entrega: Manolo Ponce, recuerdo entrañable de eternas ilusiones; Juan Delgado Alba, amigo que rompiste tu corazón de tanto abrirlo a los demás; José Luis González, mayordomo de mayordomos.

Y el que, en la más sublime inspiración del arte, supo crear la soberana Imagen de mi Madre del Cielo. El que, con el ejemplo constante de su vida y de su amor, dejó marcada para siempre la vida de este hombre.

Y Antonio Martín Alborch y Alfredo Estrada y Luis Torres y Antonio Giménez, Manuel Vega, Carlos Sanjuán, nombres y hombres en los anales íntimos de las cofradías de Sevilla.

Y desde aquí, reivindico con orgullo y en su honor a los que hicieron del servicio a las Hermandades, la más ejemplar de las entregas y la más auténtica de las vocaciones, ¡Capillitas de Sevilla!

Allí estaréis.

Y también vosotros, los que ibais tan sólo dos días al año por la Hermandad. Los que por circunstancias de la vida quizás no figurasteis en sus nóminas ni aparecisteis en las listas de Cofradías, pero que con vuestro entusiasmo y con vuestro cariño contribuisteis en tan gran manera al esplendor de nuestra peculiar celebración pasional.

Y tampoco faltarás tú, humilde señor. El que día a día te cuidó y te miró, Torre Mayor. Aquél que tuvo por morada tus propias entrañas y que, en la fantástica visión que imagino, allí estará apostado, menudo y con garbo y con la sonrisa en los labios porque

*en el repique de Gloria
del campanario del Cielo
tocará el Pino Mayo,
Giralda ...,
tu campanero.*



Y el alma que habita en tus calles, requemadlas por el sol y tamizadas por las sombras de la tarde, volverá una vez más a dar fe de los más vivos sentimientos, fervores y tradiciones.

Allí, en la de la Alhóndiga, dejará caer la noche lo mejor de sus galas ante la Reina del Subterráneo, Virgen preciosa, bella y frágil, que engastada vas entre los primores de la orfebrería y de los bordados de tu paso de palio.

Y en Caballerizas el aire se hará copla, y la brisa se hará plegaria y el blanco de sus paredes se fundirá con el verde esmeralda que se adivina en Tu manto, para convertirse en Cielo y cobijarte, Gracia y Esperanza.

Serán las primeras horas de la tarde y por la Campana entrarás, Señor, rodeado del cortejo que te forman tus pequeños nazarenos que en la más festiva comitiva te acompañan.

Y calle de Jesús... En tu seno lo tienes clavado en la Vera-Cruz, dando el último estertor de muerte en la más gótica de las agonías, mientras la Señora de las Tristezas, lirio blanco e inmarchitable, carnina tras El.

Sal de tu rutina diaria, calle de Orfila, para contemplar el prendimiento de Cristo y sentir más de cerca su Soberano Poder.

Y en la desembocadura de la Venera, la que es Regla del más bendito amor, anclada estará en su sublime paso, como anclado está en el recuerdo y en la nostalgia su nombre y también su Imagen allá donde el viento de poniente rompe las olas, y la mar se hace calma ante su mirada.

A la puesta de sol de un Domingo de Ramos, en la antigua calle Ancha de la Magdalena, delante del que fuese Convento de la austera Orden del Carmelo,



Virgen de la Estrella, recibirás el homenaje de los que suplicantes en Ti esperan, Alfarera Mayor del barrio de Triana.

Y será al filo de la medianoche cuando por la calle de San Juan vayas, Cristo de Burgos, y las sombras de tu Cruz clavadas queden en las paredes de Boteros, y a lo lejos la oración contenida de una saeta por martinetes... y, Madre de Dios de la Palma, tus primorosos y delicados varaes acariciando irán los balcones de la antigua Alcaicería de la Loza.

El Nazareno de Triana te recorrerá, ancha calle de Castilla, entre el acompasado redoblar de los tambores muy lentamente. A cada paso tuyo, Señor, un recuerdo y una oración brotan de mi alma.

Y la que en su lauretana Torre de Marfil y Casa de oro, la que en su Templo de la O es fe y es esperanza, y en su barrio es alegría y es gozo exclamativo... atravesará el viejo Betis siendo portadora del Santo Anhelado que siente como Madre expectante de Dios, para que Sevilla una vez más en Ella proclamen la verdad del Magnificat: "·Bienaventurada me llamarán todas las generaciones".

Y las calles de Placentines y Alemanes que, junto con la de las Gracias, de universal renombre fuesen en otros siglos, presenciarán, entrada ya la noche y a los pies mismos de la Giralda, cegadora de luz, el blanco cortejo de los nazarenos del Silencio en el Desprecio de Herodes.

Entre la calle que le forman los verdes naranjos en flor, que parecen como si intentasen su consuelo con lo más escogido de sus aromas, y las pétreas columnas, que unidas entre sí por fuertes cadenas tal semejasen a centinelas que celosos la guardan...

la que es Dolor Coronado de Sevilla.

Su aliento, cortado

y por sus entreabiertos labios apenas deja escapar un suspiro.

Sus ojos lloran, lloran llenos de dulzura sin dañar su hermosura de mujer.

Vas ensalmando en los hilos de tu cruel trance las ricas y delicadas perlas de tus lágrimas

y, aunque abatida por Tu profunda pena y por Tu Amargura, iluminas la noche esplendorosa de un Domingo de Ramos.

Y las sevillanas calles de las Sierpes y la antigua de Colcheros serán cada Miércoles Santo en la noche camino del soberbio Nazareno de Felipe de Rivas y



del clasicismo romántico de la Cofradía de las Siete Palabras, y de la grandiosidad del Misterio de la Sagrada Lanzada donde plasmado quedó el pasaje evangélico sobre la más impresionante talla del gótico flamígero.

En las puertas de la Casa de las Dueñas enmarcada quedará la figura esbelta y juncal de Nuestro Padre Jesús de la Salud, y el bello patio, encendido a la noche por el amarillo de albero, prestará su aroma y su luz a la Reina de las Angustias, la que por Peñuelas viene, entre clamores de valientes perfiles morenos y aleteos de coplas, desde la misma plaza de San Román.

La calle de la Mar, aún bajo el sol en la negra tarde de un viernes, regalará su señorial encanto a la que, con los ojos anegados y cansados en su llorar, viene de su Capilla de Varflora. ¡Emperadora sublime del barrio de la Carretería!

Tu cara, encerrada entre el blanco lino de Tu toca, resplandece como Lirio del huerto de Getsemaní sembrado al pie mismo de las Atarazanas de mi Sevilla.

Y la calle de Mateos Gago, tránsito bullicioso que fue de los barrios de la Judería y de los Abades, será la senda por la que subirás, Cristo de las Misericordias.

Este año, de entre las flores que brotan a Tus pies faltará, Señor, la más querida para nosotros, la flor bella y fragante que se tronchó en un desdichado atardecer de la primavera de Sevilla, allá al lado mismo de sus murallas.

*Aquí en la tierra su tallo se quebró,
pero allí, donde está nuestra Esperanza,
donde Tú tienes el Reino prometido
...allí no se marchitará jamás
la flor recordada y nunca olvidada
que perdimos.*

Y afligida por la tragedia del Calvario, la Virgen de los Dolores. Para alivio y consuelo de nuestros sufrimientos escritas quedaron sus palabras: "Mirad y ved si hay dolor como mi dolor".

Y al fin, calle de las Armas, sentirás la presencia apremiante del Cristo Yacente y de la Virgen de Villaviciosa que, junto con las Santas Mujeres y los Varones, te recorrerán en el más sentido de los Duelos.



Y serán también tus Plazas... Sevilla, las que se dejan invadir por atosigantes claridades en las mañanas, y en la noche confían a la oscuridad los secretos de su alma.

La de Molviedro será, al despertar la tarde el día de los Hosannas, espacioso mirador donde encontrar a Jesús despojado de sus vestiduras, tal como lo describiese el evangelista San Mateo.

Plaza de Pilatos, al pie mismo de la que fuese morada de San Juan de Ribera, delante de tu preciada Cruz de jaspe, plena de armonía estará, enclaustrada entre las finas mallas de oro de su palio, la Madre de los Desamparados.

Y la Plaza del Salvador, que eternamente aprisionada vive entre la prestancia de la que fuese Colegial y las gemelas torres del Hospital de la Paz, se hará cobijo de oraciones y, bajo el intenso azul negro del cielo, destacará el cuerpo ya muerto del más impresionante y bello de los Crucificados.

El, que predicó una doctrina de paz y amor entre los hombres, yace con sus manos firmemente clavadas en la Cruz.

Su boca ligeramente entreabierta.

La palidez de la muerte en los labios que espiraron.

Sus ojos que penetrantes fueron a la vez que misericordiosos, se encuentran ya suavemente cerrados.

La cabeza, aún coronada de espinas, descansa ya sin vicia sobre el pecho del que fuese León de Judá.



Y bajo sus pies, rojos claveles que hacen la ofrenda de sus perfumes para también morir, para marchitarse en el más digno y puro Altar de Amor.

*En un Domingo de Ramos
quisiera ser golondrina
llevándome para siempre
la cruel corona de espinas
con que te martirizaron.*

*Y para quitar tus clavos
quisiera ser carpintero
y sacarlos poco a poco,
y bajarte del madero
donde te crucificaron.*

*Y cuando, Cristo del Amor,
pasados mis días terrenos
al fin me encuentre a Tu lado
curar quisiera dulcemente
la herida de Tu Costado.*

Y la Puerta de Efraim, la de la Vía Dolorosa, se habrá hecho en ti antigua plaza Grande de San Vicente.

Allí estará María con su corazón lleno de Dolores, mientras que a sus pies habrán brotado las rosas rojas del sacrificio de su Hijo que ante Ella cae por el peso de la Cruz.

Y allí, en donde mismo proyectaban sus sombras las inquisidoras atalayas del castillo de San Jorge, allí en el Altozano, eterna indecisión entre las dos orillas, corazón palpitante y Altar Mayor del barrio, estarás Tú en la más Santa de las Agonías.

¡Cachorro de Triana!

En la tarde gris y turbulenta ...

allí quedaste,

sola en el Calvario.



Para consolarte, en el santuario vivo de tu áureo paso brotaron las más delicadas flores, y en él quedaron talladas las azucenas inmarchitables de Tu pureza.

Cuando apunta en su mitad la noche parece como si Tu barrio tendiese su mano ofreciendo como adelantada a la que es plaza entre las plazas, la de la Gavidia, para que por ella vuelvas presurosa, entre calladas oraciones y lágrimas ocultas, Virgen de la Soledad.

Y cuando en la intimidad última de la tarde casi se haya perdido la magnitud de tu cúpula y la férrea corona imperial que noblemente la remata, en tu aledaña Plaza de la Magdalena, tu Cofradía de la Conversión llevará sobre el alto y barroco canasto la monumental Imagen de Jesús que entre dos hombres va crucificado.

Detrás de sus nazarenos, recuerdos de añejos antifaces de bellas tonalidades celeste verdes como la mar de levante, la marcada y airosa hermosura de la Señora de Montserrat, devoción secular de Sevilla que tras el reluciente cañaveral ya tronchado de su candelería y sobre el altar caminante de labrados metales y bordados castillos y leones deja histórica constancia de la unidad religiosa y devocional de esta vieja y querida España.

Y la Virgen de las Aguas será llevada lenta y amorosamente en tu derredor, patio de lujo del que fuese Convento de la Merced.

Y el repetido roce de las caídas del palio con los esbeltos varaes, engendrará clamores de sedas y platas, y la fresca corriente de aire marino que por Bajeles llega hasta San Laureano se convertirá en suave caricia del atardecer.

Y los inquietos pájaros, que encontraron posada de balde en los ficus barrocos y milenarios, entonarán con sus trinos y cantos el más bello himno en honor de la que es Reina y Soberana del Museo.



Plaza de San Francisco, que en la noche del Jueves vivirás cada año el momento cumbre de la Semana Mayor.

En esas horas anheladas te recorrerán los nazarenos demorados y rojizos tonos de la Hermandad de la Coronación, patrimonio de arte de la Sevilla Cofrade.

Cristo sedente y con la púrpura que como tallada cae por sus hombros es coronado, y Jesús con la Cruz a cuestas camina por la calle de la Amargura.

Banderas y estandartes morados y escarlatas.

Y tras el túnel de luz de los cirios, la Madre Dolorosa del Valle.

Vives muriendo en cada instante como la rosa de pasión que sostienes entre Tus manos... ¿Con quién te igualaré y te consolaré, Virgen, hija de Sión?

Parece como si las flores de Tu paso, cuajado de granates y hojillas de oro, rozasen el difícil equilibrio de la fragancia y el lamento.

Y como llevada entre los delicados acordes de la más sublime de las melodías, hacia la antigua calle de los genoveses te alejarás, Excelsa Señora, solemnemente, tal y corno llegaste a mí.

Y como en esperada resurrección de viejas costumbres que nos trajesen de nuevo la estampa de marciales soldados y temidos ministriles, de justos Alguaciles Mayores y nobles Caballeros Veinticuatro, pasará la Ronda. Y llegada que sea a la Patriarcal Iglesia, entregadas serán al Cabildo las llaves del Monumento con las palabras del ritual: "La Ciudad está sosegada y en calma como corresponde a la festividad del día".

Y nosotros podremos añadir para nuestros adentros, junto con las palabras



del emotivo rito, sí, y además está orgullosa y arrogante y sensible y altiva y exultante y encantadora, y bella y atractiva como lo fuiste y como lo serás por los siglos de los siglos, Híspalis famosa.

Y conformando la cúspide de este momento único, un sendero de encarnadas luminarias, negras túnicas y mercedarios escudos, precederán al Señor de la Pasión.

Tu paso, en el que se abren los más prodigiosos tabernáculos que pudieran labrarse en la plata y en el marfil, apoteosis del más genial de los orfebres, será como una grandiosa custodia que mantendrá enhiesta Tu serena figura.

En ella irás, Señor, comopreciado viril, mostrándonos la serenidad sobrehumana y la dulce mansedumbre y la eterna e infinita hermosura del mismo Dios.

«Yo soy el dolor y el amor».

Y Tú, Cristo, Tú, Señor de Pasión, vas predicando esa verdad.

Tú, Señor, al que el Profeta llamó "el más hermoso de los hijos de los hombres".

*Amorosamente llevas la Cruz de tu martirio.
Coronado y humillado, bebiste amargas hieles.
Como sembrado estás en campo de claveles
destacando encamada Tu figura. como un lirio.*

*No habiendo querido compartir yo Tu dolor
mis ojos no encontraron tu mirada
cuando caminabas dulcemente en la alborada.
Por ello te pido humildemente perdón, Señor.*

*Y aun sabiendo cuál era el cruel destino,
ni el martirio ni el dolor doblegaron tu hermosura.
Mas el peso de la Cruz clavó tus pies en el camino.*

*La belleza de Tu rostro no perdió apenas la ternura.
El ser del hombre convirtiéndose en ser divino,
Señor de la Pasión, y entonces vi en tus ojos la dulzura.*



Y los Barrios vestirán con la mejor de sus galas desde las primeras horas del alba.
Barrio del Arenal.

Viejo y famoso barrio de olor a río que despertarás al salir de tu más íntimo rincón, del mismísimo Baratillo, la Virgen de la Piedad, la que lleva la majestad serena de la tarde prendida en su cara de Niña bonita, y en su maternal regazo, muerto, el Hijo de sus entrañas.

Y en la Plaza de los Carros o de los Maldonados reunirás a los tuyos, barrio de la Feria, ante la que en el más bello trono blanco y plata y entre las más bellas luminarias rizadas es Reina del Rosario. Y El, que orando va de rodillas con la mirada puesta en el Padre, allá por la Alameda de Hércules se cubrirá por los claroscuros de las sombras de las acacias.

Y el barrio de Triana en una incomparable atardecida colocará en los pretiles de sus azoteas y en los forjados de sus balcones soñados y airosos gallardetes para que ondeen a la salada brisa que llega de la Ribera.

Adornará sus patios y sus corrales y sus calles para convertirlas en caminos de plata para que por ellas pase la que fue siempre y será gala del barrio.

Torre de la Real Parroquia, que llevas el nombre de la madre de María, desde tu elevada cofa podrás oír cómo el aire canta los mágicos sonos de tonás y de polos, de livianas y de cañas.

Y también podrás oír la letra que habla de ti y de tu barrio al son de una soleá:



*Cuatro son los puntales
que sostienen a Triana.
San Jacinto, Los Remedios,
la O y Seña Santana.*

Tus cancelas y portones, tus postigos y ventanas se abrirán en la alegría y en el entusiasmo más desbordante ante el barroco y dorado mascarón de proa de la nave que como Palo Mayor arbola a Jesús que, en su Tercera Caída, apoya la bendita mano sobre los riscos de la Vía Dolorosa.

Un équite romano le indica el corto y duro camino del Gólgota.

Te ayuda, Señor, Simón el Libio y te ayuda también, Señor, el corazón vibrante de tus hijos.

Y al aire saltará el piropo y la oración, la súplica y el requiebro cuando, Virgen Bendita, vayas por tu calle de Pureza como por la mar en calma dejando tras de Ti estelas blancas y verdes de esperanza.

Y llegarás, Señora, a la pequeña Capilla del Carmen que como puerta de plata custodia el bello Puente, el que de día siente las caricias del sol y de noche los besos del Guadalquivir, y que como viejo barco navegará en la noche entre las orillas a la voz de invisibles timoneles llevando a la que es Ancla de Eterna Salvación.

Las quietas aguas que en días lejanos bañasen tu Puerto marinero, las que acariciasen las quillas de naos y carabelas, de bergantines y de goletas... se harán espejos para que en ellos quede reflejada tu rutilante belleza.

Y el apacible murmullo verde y gris de los álamos que crecen cercanos parecerá acompañar las melodiosas estrofas del "Ave Maris Stella "...

*"Salve del mar estrella.
De Dios Madre Sagrada,
y siempre Virgen pura,
Puerta del Cielo Santa".*

Sí, "Dios te salve, reina, madre y capitana ".

Capitana de la nave de Sevilla y de Triana.



Caudal y tesoro de todas sus gracias.

No las dejes naufragar, Señora, porque

*Las princesas escogidas
por el barrio de Triana
fueron Santa Justa y Rufina,
las dos hermanas.*

*Y por Reina y Abogada
Elegida fuiste Tú,
Esperanza marinera.*

*La que cruzas el río
un Viernes Santo
de eterna madrugada.*

Y en la tarde que es medianera de la Semana Santa, el puente sobrio y barroco de San Bernardo convocará a los hijos de su barrio y se hará como en un emocionado brindis ante su Cristo de la Salud.

Y la calle Ancha se convertirá en suspiro negro y morado y parecerá como si llena estuviese de lejanísimos toques de filigranas del clarín altillero del Brigada Rafael cuando aparezcas en ella, Virgen del Refugio, que recogida vas entre blancas flores sembradas en áureos cañones de amor.

En la noche se hará el clamor cuando de la Basílica que aledaña es a la iglesia de San Gil Abad comiencen a salir nazarenos de marfileñas túnicas y de intensos amatistas en los terciopelos de sus antifaces.

Y el vibrante y alegre redoblar de los tambores y el decir de las gentes del barrio te anunciarán

*Pegadito a la muralla
y a la vera de su Arco,
bordando los adoquines,
viene el paso de Pilato.*



Allí estás, Cristo, maniatado y custodiado delante de Poncio Pilato.

Detrás del Pretorio, donde mismo se sienta el Procurador, y al lacio del Arco, que fuese como la cercana Torre Antonia, el son acompasado y alegre a la vez que marcial y sereno de la Centuria.

Ilusión frustrada y recuerdo siempre emocionado en el pensamiento del Pregonero.

Marejada de airosas plumas blancas que como pequeños sauces prenden de los brillantes cascos de gráciles y grandes celadas y labrados barbuquejos. Nagüetas de granates terciopelos y flecos de oro en sus ribetes. Primorosas golas recogidas por cintas violetas. Entalladas corazas y altivas lanzas pretorianas, y al pecho rodela con marcadas águilas doradas.

Legiones victoriosas de Roma, las que guardasteis los sueños de Julio César entre estas mismas murallas, las que con lealtad servisteis a poderosos Emperadores, a Trajano y a Adriano, nacidos aquí bajo este cielo limpio y luminoso.

Al decir de Miguel de Cervantes, Sevilla se romanizó y en la bella y vieja Híspalis quedó para siempre el espíritu de la Legión III en su Centuria romana.

Los legendarios soldados, que allá en Palestina fueran signo de oprobio y ocupación y que prendieran y crucificaran al Maestro, por obra y gracia y por el arte de la Macarena y de Sevilla se convirtieron en la mejor, en la más leal y en la más fiel compañía de honores que jamás pudiese haber existido para acompañar al Cristo de la Sentencia.

Y en la sublime noche mañana, Tu barrio estallará en desbordante entusiasmo

Y Sevilla, al bello conjuro de Tu nombre, Santa María de la Esperanza Macarena, también se hará Tu barrio.

*Y en cada uno de sus jardines brotará un poema.
Y del corazón de sus patios saldrán las coplas.
Y sus plazas se abrirán en vítores.
Y en sus calles nacerán las plegarias.
Y de sus inquietas esquinas saltarán las saetas.*

Saetas que por seguirillas o por martinetes predicáis la fe, el amor y el dolor de nuestro pueblo.



El poeta, que a sí mismo se definió como andaluz y sevillano "porque de allí soy", el olvidado e inolvidable Manuel Machado, descrita te dejó en sus versos:

*Cantar llano, sentimiento
que sin guitarra se canta.*

*Cantar de nuestros cantares,
llanto y oración. Cantar.*

*Canción del pueblo andaluz:
De cómo las golondrinas
le quitaban las espinas
al Rey del Cielo en la Cruz.*

Y fue la saeta quien mejor te definió a Ti, a la que eres Aurora primorosa del Viernes Santo:

*La Virgen que está en el Cielo
no tendrá cara de pena,
pero sí tendrá tu cara
y un trono como tu paso,
Virgen de la Macarena.*

*Y como en los albores de una nueva primavera
y anunciando como el alba un nuevo día
apareces plena y radiante, Madre mía,
ante un pueblo que te reza y que en Ti espera.*

Y te esperará la Europa y el Duque y la Campana y la calle de la Sierpes, la que en la madrugada única no cierra sus fronteras a la oscuridad de la noche.

Y...

*Radiante irás
como el sol
que siempre brilla
por las soñzadas calles
de mi Sevilla.*



Y el lujoso y recogido patinillo. que entre la Puerta de los Palos y altas rejas se abre a los pies mismos de la Giralda, será tu cobijo al rocío de la amanecida.

Y allí, muy cerca de donde su cuerpo reposa, podrás oír como en el más hermoso madrigal las estrofas de las Cantigas que el sabio Rey Alfonso compusiera en tu honor:

*"Eres amparo de pecadores
eres consuelo en sus dolores.
Virgen Santa. Rosa bella,
Santa María, bendita seas".*

Y despejadas las brumas que te envolvían, se hará la mañana y el negro penetrante de Tus ojos de Niña se tornará en hermoso gris perla de Madre.

Cuando tus costaleros te vuelvan allá en Villasís, te arrullarán como cada año el poema y la copla porque

*A Ti. rosa Macarena
el sol te da de perfil
que si de frente te diera
sólo volvería a salir
por ver Tu cara moreno.*

Y como la Estrella de la mañana que precede al Sol de justicia recorrerás la Encarnación y Alcázares y de nuevo te llenarán de oraciones en la misma casapuerta las hijas de la Madre Angelita.

Y San Juan de la Palma y Feria y Relator... y más serenamente bella Tú te harás, Luz del Alba y Flor de los Cantares.

*Porque en la media noche,
al salir a la calle
te da la brisa
y de tus labios brota
la más alegre de las sonrisas.*



*Virgen de la Esperanza, que al ser de día
se marchitan en tu cara las alegrías.
Y, Tu mirada, Madre. se hace tristeza
cuando el blanco amanecer Tus manos besa.*

Y la calle Parras se hará un delirio entre súplicas y aclamaciones, y como un homenaje en el recuerdo la plegaria y el cante se fundirán en la saeta sentida y gitana de la Marta:

*No se perdió mi voz
pa cantarte Macarena.
Mi saeta es oración
Yo te pedí con fervor
que me salvase la vida...
y mi vida se salvó.*

*Adiós, gitana bonita,
guapa que no cabe más,
qué ganas tenía Sevilla
de verte a Tí coroná.*

Y debajo del que ha sido arboladura del marianismo de tus hijos, irás llevada, dulce y amorosamente, al son de Campanilleros como mecida por la voz andaluza y por la pluma de la misma Sevilla:

*Porque por el arco airoso de la Macarena
Pasa la Gracia*

*Y pasa la Luz
Y pasa la Flor
Y pasa Sevilla
Y pasa la Madre de Dios.*



Las grandiosas naves de la Metropolitana Iglesia, que confirmasen durante siglos nuestras estaciones de penitencia, darán fe de la ejemplar devoción de la Hermandad del Calvario.

Sin apenas oírse las pisadas, te atravesarán sus nazarenos.

Y entre los viejos y ricos tapices, las ajadas colgaduras galoneadas de oro y los altos y enhiestos bizarrones que adornan la soberbia Urna del Monumento, allí quedará tu Imagen tan sólo por unos instantes entre cuatro hachones tinieblas y sobre el canasto de caoba que guardan águilas bicéfalas de plata coronadas.

Y cruzarás casi rozando los pórticos de rojos y negros mármoles que sostienen el barroquismo vivo de las más sonoras melodías.

Pasarás ante las doradas rejas renacentistas del Retablo Mayor.

Y las impresionantes vidrieras que durante el día te dan la vida con sus transparencias, en la oscuridad despedirán tenues rayos al reflejarse en sus fundidos cristales la luz y el delicado resplandor del paso en el que celosamente guardada por la imperial gloria que te cubre, con premura caminas, Virgen de la Presentación.

Antes de que el viejo reloj pueda dar una nueva campanada, habréis abandonado la inmensidad catedralicia, mis hermanos edificantes y sacrificados del Calvario.



Y los Conventos y sus Iglesias también se convertirán en ocultos actores y en fieles testigos del drama de la Pasión según Sevilla.

Conventos algunos donde, maltrechos sus cuerpos, sólo queda en ellos la belleza de su noble estructura.

Conventos otros donde aletea la virtud de las que en paz viven con Dios y con los hombres.

Clausuras donde tenéis vuestra morada, mujeres ejemplares, que en este mundo vacío y materialista por único bien poseéis la blancura de vuestra toca, el basto sayal y el duro suelo.

Y por norma y regla de vuestra vida, el primer y más fundamental de los Mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y a los prójimos como a vosotras mismas.

Contentas y alegres porque sois vosotras las auténticamente liberadas y realizadas. Y tan humildes como las mismas piedras de la calle.

En el atardecer de un Jueves Santo tus campanas, immaculado Convento de la Encarnación, curiosas mirarán por entre los ensambles de sus verdes cerramientos para de cerca admirar la serena e insólita belleza de la Virgen de la Victoria.

Y el conmovedor Misterio de la Sagrada Mortaja se adentrará por las barreduelas del Adarve y de la antigua Morería y parecerá como si saltasen al aire dormido los majestuosos acordes de órganos de leyendas becquerianas de allá, de donde las Clarisas de Santa Inés cuidan el cuerpo de Doña María Coronel, la sublime mujer que, por defender su honor, castigó su hermosura.



Los altos cipreses que crecen en tu huerto darán fe de cómo tus jerónimas moradoras, sintiéndote con los oídos del corazón cuando casi rozando pasas por las tapias blancas salpicadas de luna de Santa Paula, te envían andanadas de plegarias, Señora de la Hiniesta.

Y bajo un severo pórtico, unas almas que, siempre en las cosas de Dios, atienden sus religiosos deberes y sus artísticos trabajos, entablarán el más místico de los diálogos con la Virgen Servita de los Dolores.

Puede ser también en la tarde de un Lunes Santo cuando desde el monasterio de Santa María de los Reyes, pleno todavía el espíritu de sus antiguas moradoras, salten las oraciones como dardos de piedad y sacrificio hacia la Madre Dolorosa del Rocío que al encuentro sale de sus hijos de Sevilla.

La evocación de Su nombre, tan entrañablemente unido a las grandes devociones marianas de nuestro pueblo, trasladarán en unos instantes mi pensamiento y mi sentir al corazón mismo del barrio de Triana.

Porque como dicen sus gentes en la más expresiva y alegre de nuestras coplas...

*Una Hermandad de Gloria
nació en la Cava.*

Allí, entre la grandiosidad del Convento de San Jacinto y la pequeñez del de las Mínimas, entre la retadora altivez del campanario dominico y la sencillez del compás, mitad jardín y mitad corral de flores, en la misma calle Evangelista, celebras en este año especialmente dedicado a María tus ciento setenta y cinco aniversarios.

Y el Pregonero se suma con el corazón y con la palabra a esta conmemoración de su Hermandad de Gloria.

Ciento setenta y cinco años peregrinando por los caminos donde granan las espigas y verdeguean las uvas, cruzando serenas aguas y recorriendo veredas y senderos por donde crecen jacintos y jaras.

Y abriendo un inmenso caudal de amores para llevarte la oración y la plegaria hecha cante y sufrimiento a Ti, María, sublime gozo, porque gracias a Ti llegó al mundo la gran alegría que fue tu Hijo, el mismo Cristo.

Y habla tú, sencillo atrio de San Antonio, cuando sobre los pies y apenas oyéndose el crujir de las maderas, te atraviese el Cristo del Buen Fin, y cuando es en ti la que día a día llena con su presencia tu luminoso Templo.



*Señora que, como delicada azucena, prestas al aire tu blancura.
 Vas entre el majestuoso abanico de oro y sedas de Tu manto.
 Y embriagas la tarde con el fragante aroma de tu dulzura.
 Cuanto más se mira tu cara, eñ ella más se ve a Jesús.
 Palma Dolorosa, de gracia plena, siempre radiante de seráfica
 hermosura.*

Y tú también podrás hablar, Casa conventual franciscana.

Entrañable patio de bellas arquerías de San Buenaventura donde mañana
 tras mañana pasaba ilusionadas vacaciones infantiles.

En la memoria, tus frailes queridos y venerados y en el recuerdo...

*Un pequeño campanil
 en los techos del convento.
 Recuerdos de mi niñez,
 nunca doblabas a muerto.*

*Al atardecer tocabas
 avisando a la Hora Santa,
 y anunciando las Jornadas
 de tu bello Nacimiento.*

En la tarde del viernes del dolor, estando allí la Madre Llorosa junto a su Cruz gloriosa, la Señora de la Soledad, abrirás tus puertas para que te inunden la luz y el color y ellos le acompañen por las calles y por las plazas a la más sensible y afligida de las mujeres.

Y parecerá como si la antigua calle de las Capuchinas se hiciera más estrecha, y parecerá como si el barco dorado del paso de Cristo se hiciera aún más grande, y parecerá como si las densas nubes de incienso no tuvieran cabida entre sus blancas fachadas.

Las rejas de clausura de Santa Rosalía, en esa calle que es evocación del celoso pastor amante de nuestras cofradías y hombre de Dios que fuera Don Marcelo Spínola, serán como filtros por donde pasen a la penumbra y a la quietud conventual las luces aún ciertas de la tarde y los vibrantes sonos que acompañan al esplendoroso paso de Tribunal.



Delante del viejo e influyente Anás, reflejando el dolor y la paz, Nuestro Padre Jesús.

San Juan nos describe su respuesta después de que fuera abofeteado: «Si he hablado mal, declara ese mal, pero si bien, ¿por qué me pegas?».

Estremecedoras palabras en la voz del Hombre a la vez que temibles en la voz de Dios.

Y horas más tarde, allá por la calle de Hernando Colón, las túnicas demarcadas cruces azules y encarnadas prestarán su zurbaranesca blancura para que en ella quede reflejada con mayor nitidez la profundidad del crepúsculo.

La que fuese Alcaicería Mayor o de la Seda por unos momentos recobrará el brillo y el esplendor de pasados siglos gracias al que irradas Tú, la más hermosa de las Doncellas.

Y la noche clavará sus ojos entre las sombras haciéndose más penetrante al verte a Ti, ala de gracia morena.

Parecerá como si al aire saltasen las cinco letras sublimes como entrelazadas y unidas por finas hebras de plata, porque después del nombre de Jesús ninguno más dulce ni más poderoso que el tuyo.

María, que por la gracia de Dios y por el arte del que talló tu figura, te convertiste en la humana representación de la mujer de esta sevillana tierra.

Virgen Bendita del Dulce Nombre,

la del mirar sereno y profundo,

la de los ojos cegadores y delicadamente nublados por el dolor.

la del color moreno nacarado en las mejillas.

*Es tan grande la luz que tú desprendes
y la belleza que irradas es tan limpia
que el sol eclipsó sus fuertes rayos
y las estrellas del cielo ya no brillan.*

*No sólo eres la misma gracia bajo palio.
sino también el primor, el encanto y la ternura.
Eres como si en el intenso azul del cielo
encerrada estuviese tu cándida hermosura.*



*Cautiva va entre cadencia de varaes
Que en tu paso son eternas melodías
como oraciones y plegarias que a raudales
te imploran y te aclaman, Madre mía.*

*Prisionera estás cual flor; entre tu candelería
como orquídea. Encendida y sin mancilla
caminas entre regios bordados y rica orfebrería
un Martes Santo bajo el cielo sublime de Sevilla_*

Y en Ti, María, se hacen las palabras del Santo Padre, el hombre que curtido en las batallas de la vida, aprendió a amarte allá en su entrañable Jasna Gora ...

*“Que los que veneramos tus imágenes
te reconozcamos como la imagen más perfecta
de la libertad de la liberación.
Y que así guiada de tu mano
Glorifiquemos a tu hijo y único mediador”.*

Bella oración del que predica la santidad con sus hechos y con sus palabras y al que Sevilla lleva dentro de lo más profundo de su alma y ansiosa sueña y espera de nuevo su arribada.

Es Jueves Santo, y Sevilla, reencarnada a sí misma en su probada fe y en su singular religiosidad, se convertirá una vez más en la Jerusalén de Occidente.

Y porque Sevilla en sus conmemoraciones religiosas acomoda desde siglos la liturgia a su misma idiosincrasia, y porque firmemente creemos que ello redundaría en el mayor esplendor eucarístico, es por lo que, añorando tiempos no muy lejanos, con el mayor respeto pedimos y reiteramos la celebración de los Santos Oficios en el mediodía de esta festividad tan solemne y entrañable para nuestro pueblo.

El que Sevilla se convierta durante meses y más principalmente en los días cuaresmales en el más inmenso templo del universo cristiano para preparar y conmemorar la vida, muerte y resurrección del mismo Cristo, creemos sería, junto con otras fundadas motivaciones, importante aval para que acomodándose en algo las normas litúrgicas a las tradiciones de esta tierra quedase restablecido en todo su esplendor este gran día que en su plenitud y según el dicho de nuestras gentes relucía más que el mismo Sol.



En la atardecida de este que los griegos llamasen el Día de los Misterios, la Iglesia del que fuese Convento de San Pablo de la Orden de Predicadores se convertirá en la más sugestiva morada del mismo Dios, Señor de todo lo creado.

Y allí, bajo la iluminada tribuna de la nave del Evangelio, en la custodia de Laureano de Pina, coronando el Monumento, allí estarás, Señor.

Divina Majestad entre damascos de sedas, rojos cirios encendidos y delicadas flores encarnadas, entre banderas eucarísticas y terciadas varas.

Y rodeado del amor, de la entrega, del entusiasmo y de la devoción de mis queridos y entrañables hermanos de la Sacramental de la Magdalena. hombres de fe a los que todo parece poco para ponerlo al servicio del Amor de los Amores, y que en esta sociedad de vanidades, orgullos y falsas superioridades hacen nuevo un viejo lema: "de rodillas ante Dios y ante los hombres de pie".



Y las puertas del Templo, que para orgullo del arte cristiano proyectase Leonardo de Figueroa, serán abiertas de par en par.

Tras una alzada Cruz. revestida por la tradición de oscuros velos, avanzará una letanía de morados nazarenos y en el cancel, enmarcado entre las pilastras que formasen como un arco en su honor, el Cristo del Descendimiento.

Él había dictado ya su último testamento desde la Cruz, "y el tesoro de su sangre nos habría ya las puertas de la celestial Sión".

Allí, colgado del blanco sudario, el cadáver del hombre.

En su cuerpo inerte aparecen ya los signos de una muerte segura.

La cabeza abandonada hacia su lado derecho y el torso ligeramente doblado pero con los estigmas ciertos de la rigidez.

El color. perdido el rubor que le prestaba una vida real, es ya cetrino como de la postrera agonía.

Las manchas hipostáticas llevaron la oscuridad a su pecho y las livideces tiñen sus manos y sus pies.

Cristo muerto. "Muerto por los hombres y por amarlos muerto..

Tu figura, hundida en las sombras tenebrosas pero también esperanzadas, porque para los que esperamos el don supremo de tu encuentro llegado el que sea definitivo atardecer de nuestras vidas, sabemos que allí estarás. porque, Cristo, fuiste el primero en morir y también fuiste el primero en resucitar.

Y en la noche agonizante, allá por el antiguo Compás de la Laguna, por la calle de Doña Guiomar estará el impresionante Misterio del Sagrado



Descendimiento.

Singular y patética escena de la Pasión bajo la luna de Parasceve.

"Junto a la Cruz de Jesús estaban de pie su Madre, y la hermana de su Madre, María Cleofás y María Magdalena" ... Y "vino José el de Arimatea, insigne miembro del Sanedrín, que esperaba también el Reino de Dios"... "y también vino Nicodemus".

Los Santos Varones, venerables e impresionantes en sus rostros, apoyados y arropados en la Cruz redentora, bajan el Cuerpo sin vida del Maestro.

María la de Cleofás acerca la sábana a su pecho.

María Salomé mira suplicante y María Magdalena rompe en sollozos.

Y junto a la Cruz, la Madre. María la de Nazareth con el corazón roto y traspasado por cinco puñales de Angustias.

Su mirada se dirige a Él con ternura, y en el brillo de sus misericordiosos ojos se trasluce el dolor que Ella había sufrido por anticipado y que llegó a la cumbre en la realidad cruel y sangrienta del Calvario.

Madre corredentora, mujer que lloraste lágrimas internas tal y como describiese el mismo San Agustín.

*Cinco puñales clavados
en tu corazón de Madre.
Cinco angustias que te hieren
sin poder consolarte.*

*Lágrimas no quedan ya
en tus ojos anhelantes,
que se las llevó el dolor
sin poder yo consolarte.*

*Rosas marchitas de otoño
son tus labios suspirantes,
un sollozo los secó
sin poder yo consolarte.*

*Blancas manos de mujer
que se extienden suplicantes.*



*Te bajan al Hijo muerto
sin poder yo consolarle.*

*¡Virgen de la Quinta Angustia!
Tus manos, tus ojos y tus labios
y Tu corazón de Madre
se clavaron tan profundos
en mi alma de cofrade
que ahora sí que podré.
con mi amen yo consolarte.*



Y el día del Amor se realizará en su plenitud en la noche del Triunfo Eucarístico.
Y la noche se continuará en la madrugada única y singular de Sevilla.
Y la madrugada se hará en mañana de tristes rituales de Viernes Santo.

Cuando sean las horas de la segunda Vigilia, como afiladas y mudas sombras irán afluyendo hacia la que fuese Capilla del Santo Crucifijo, los cofrades de la Santa Cruz en Jerusalén.

Y por la calle de los Monsalves, revestido de calzón y casaca de pardo color y ribetes y galoncillos de oro, irá un joven paje que en pausado y lento caminar casi rozará la plegada cola que al brazo lleva un nazareno de negro que le acompaña y le guía.

Recuerdo entrañable cuando se ha tenido la inmensa suerte de entregar o de recibir el más preciado testigo, el del amor a nuestra más secular tradición en el emocionado relevo entre generaciones.

No lo olvides nunca, hijo mío, como yo tampoco lo olvidé cuando, como tú, caminaba acariciando con la mirada las veneradas y queridas manos nazarenas de mi padre.

Los blancos y encalados muros del porticado compás, que a modo de patio separase la Iglesia del antiguo Hospital, vivirán un año más la historia en el recuerdo de unos hombres que allá en la Capilla de los Cervantes de Omnium Sanctorum, en una cuaresma de hace más de seis siglos, decidieron imitar al que llamaban el Nazareno.

Y a la luz del alba de un Viernes Santo se abrazaron a la cruz y allí mismo se convirtieron en inicial introito de nuestra Semana Santa.



¡Gloria Nazarenorum!

Gloria de los Nazarenos fuisteis, de la Iglesia y de la misma Sevilla.

Y hecho el silencio, el silencio se hará ofrenda y rito ante el altar, santo y seña en las calles, y el Silencio se habrá hecho una vez más en la historia.

En las naves sagradas apenas se oirá el golpear de las duras conteras "porque la penitencia se hizo para los hombres capaces de pecar y no para las cosas inútiles de merecer ni de poder ofrendar".

En la calle que un día ocupase el jardín de tu convento, allí en alto estarás, Bandera Blanca Inmaculadista, entre el cirio encendido y la desnuda espada, recordándonos el primer Voto y Juramento a nosotros tus cofrades y trayendo a la memoria el entusiasmo, el amor y la veneración que siempre despertó en el pueblo de Sevilla la que fuese concebida sin manchilla y librada del pecado original.

Y cerrando la larga sinfonía de negros ruanes y anchos espartos estarás, Concepción Inmaculada, como Gracia salvadora de la Pascua porque "dichoso el hombre que, acercándose a Ti, María, está seguro de que va a creer".

Allí, detrás de Ti, señora, teniendo como fondo lejanos e ideales cantos gregorianos, se podrán oír en el recuerdo las mismas coplas que los Seises blancos y celestes cantan y bailan en Tu honor ante Tu Hijo.

*Oh Reina de los Cielos
Purísima María.
Oh Madre Inmaculada
del mísero mortal.*

*Escucha la plegaria
que al pie de tus altares
levanta hasta los cielos
la pobre humanidad.*

*Y diga al mundo entero
con grata melodía
Bendita sea María,
Tu Pura Concepción.*



Y mientras que por Sevilla corren dos manantiales de verdes esperanzas, una densa quietud, apenas rota por las plegarias musicales de las saetillas, recogerá allá en la lejanía el eco de los golpes secos de un llamador.

Será la hora del canto del Gallo... y allí estarás, Dulcísimo Nazareno, en la que durante siglos Sevilla conoció como plazuela del Silencio, en la misma encrucijada de las calles de Placentines y de Francos, escenario señero en los itinerarios de Cristo y de su Madre.

Los pies descalzos, erguida Tu cabeza, amoratados y secos Tus labios entre la semítica barba, con Tu mirar profundo y a la vez desconcertante.

En Ti se hacen las palabras de Isaías: «El mismo tomó sobre sí nuestra dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades».

*Eterno meditar tus Cinco Llagas.
Despiadado castigo y cruel tormento.
Marcados de dolor; surcos sangrientos
en tus sagradas sienes de espinas coronadas.*

*Serán tus manos por clavos traspasadas,
rotos tus pies, abierto Tu costado al sufrimiento.
Abrazándote a la Cruz, esperaste el momento
sobre morados lirios color de madrugada.*

*Las Cinco Llagas, Señor;
que como dardos de amor
clavadas siempre tendremos.*

*Las Cinco Cruces, Señor,
que al lado del corazón
llevamos tus nazarenos.*



Ya Ti, Jesús,
que tomaste amorosamente entre los brazos el símbolo de Tu sacrificio.

A Ti, Cristo,
que entre tinieblas encontraste la muerte serenamente en la Cruz por Amor.

A Ti, Señor,
que en el más trágico duelo, de ella fuiste dulcemente descolgado en tu · Sagrado Descendimiento.

A Ti, Dios,
que eternamente vives en el Augusto Sacramento del Altar.

Te pido y te suplico me concedas la gracia determinar este Pregón en nombre de Tu Madre Bendita tal y como lo comencé.

La Fe. que en diario regalo Tú me haces. me dice que estarás contento porque Tú fuiste el mejor de los hijos y por ello sé que tengo Tu venia, Señor.

El pregonero, con el corazón ya cansado, la voz rota y el alma serena, quisiera llevar ante Ti. Señora, en este Año Jubilar y jubiloso, su ofrenda y su oración.

Yo quisiera ofrecerte...

el más delicado y florecido de los nardos de los que embalsaman la mañana prendidos en las airosas esquinas de Tu paso. Reina de los Reyes.

y la más limpia y fresca de las azucenas de las que salpicadas están por



los aires marineros del Puerto que lleva Tu Santo Nombre y que prendida llevas, Virgen morena de los Milagros.

y un ramo de blancas amapolas y demoradas llores de romero de los que nacen ante Ti, Virgen chiquita del Rocío del Simpecado de mi Hermandad de Triana.

Y también quisiera llevarte...

sonrosados y pálidos claveles como los que te adornan en los entrevarales de tu paso azul y oro, Dulce Nombre.

y fragantes rosas como las que bañadas por el sol de la mañana cubre tu techo de palio, Macarena.

Y darte también yo quisiera...

un ramillete del más perfumado azahar de los que florecen en tus platerescas jarras de oro, Concepción Dolorosa.

y lirios morados, color cielo, de los que, recién abiertos por la brisa del glorioso atardecer de un Jueves Santo, crecen a tus pies, Madre de la Quinta Angustia.

Acepta, María, este simbólico ramo de las más bellas flores como la más preciada ofrenda de amor.

Y junto a ello, mi oración.

La oración que Sevilla, nuestra entrañable Sevilla, para Ti, Señora, nos enselló.

*Salve Madre, en la tierra de tus amores
le saludan los cantos que alza el amor.
Reina de nuestras almas,
flor de las flores.*

Amén.



